

—• Dr. Aníbal Márquez Gómez •—

# DISCURSO

pronunciado  
con motivo del

*184<sup>a</sup> Aniversaria*

de la

# Batalla

de

# Matasiete

El día 31 de julio de 2001,  
en las faldas del cerro  
del mismo nombre

La Asunción • Estado Nueva Esparta



**El Dr. Aníbal Márquez Gómez** nació en Santa Ana, isla de Margarita, el 19 de abril de 1939. Hizo sus estudios primarios en la Escuela Federal Graduada Matasiete de su pueblo natal y en la Escuela Anexa a la Normal Gran Colombia de Caracas. Obtuvo el título de Bachiller en Filosofía y Letras en el Liceo Andrés Bello de Caracas y se graduó de Abogado en la Universidad Central de Venezuela en el año 1962, especializándose en Derecho Público. Ha ejercido la docencia universitaria a través del Convenio UCV-FIMP del Colegio de Ingenieros de Venezuela y ha sido profesor de los cursos de Postgrado de la Sociedad de Ingeniería de Tasación de Venezuela (Soitave) en diversas ciudades del país. Ha escrito varios libros, entre los cuales destacan: **Marco Legal de la Actividad Inmobiliaria y Aspectos Legales de la Valoración**, en el campo jurídico y **La Junta de Notables de 1816**, en el aspecto histórico. Tiene dos trabajos inéditos: **La Consecuencia en la Palabra** (Ensayo) e **Infancias Ancestrales** (Poesía). Actualmente es Asesor del Consejo Legislativo del Estado Nueva Esparta.

AUTOR: Dr. Aníbal Márquez Gómez  
**OBRA:** **Discurso con motivo del  
184° Aniversario de la  
Batalla de Matasiete**  
Impresión: Talleres de la Imprenta Oficial,  
en el mes de agosto de 2001  
Primera Edición: 1000 Ejemplares  
Diseño Gráfico: Nelson Pérez



*Discurso pronunciado por el*  
Dr. Anibal Márquez Gómez

con motivo del

*184<sup>o</sup> Aniversario*

de la

*Batalla de Matasiete*

AÑO JUBILAR  
BATALLA DE:  
MATASIETE  
el día 31 de julio de 2001, en las faldas  
del cerro del mismo nombre en  
La Asunción, Estado Nueva Esparta.

Permitidme que, como un homenaje póstumo a la memoria del Maestro Jesús Manuel Subero, lea algunas frases de su libro **Matasiete: montaña de la gloria**, las cuales por sí solas resumen todo lo que se pueda decir en un día como éste:

*“El triunfo de Matasiete no queda sólo como un hecho histórico, como una batalla heroica, como gesto de valientes. Sus consecuencias tienen vigencia en la forja del carácter peculiar del margariteño, evidenciado en las tareas de la guerra y prolongado en las tareas fecundas de la paz.*

*Los margariteños hemos heredado una manera de ser que tiene profundas raíces en la historia y que constituye con nuestras formas sociales y espirituales, el máspreciado acervo tradicional”.*

Señor Gobernador del Estado Nueva Esparta.  
Señor Secretario General de Gobierno y demás miembros del Ejecutivo.  
Señor Presidente y demás Diputados al Consejo Legislativo Regional.  
Señor Juez Rector de la Circunscripción Judicial del Estado Nueva Esparta  
Excelentísimo Señor Obispo de la Diócesis de Margarita.

Un gesto de cortesía del Dr. Alexis Navarro Rojas, y el afecto de muchos años de Leopoldo Espinoza Prieto, han hecho posible que, emulando a mi paisano Francisco Esteban Gómez, remontara el Portachuelo de El Norte, 184 años después, para decir algunas palabras alusivas a la inimitable hazaña guerrera que un grupo de valientes margariteños protagonizara un día como hoy en las faldas del cerro que domina el hermoso Valle de La Asunción de María.

Viene a la memoria un episodio de mí ya muy lejano bachillerato en el Liceo Andrés Bello de Caracas, cuando imbuido del ardoroso orgullo de ser margariteño y posiblemente, creyéndome descendiente del plácido sacristán y épico jefe militar, increpé a mi profesor de Historia de Venezuela, José Antonio Medina Rojas, por no haber incluido la batalla de Matasiete entre los acontecimientos del año 1817; la respuesta del docente, al decirme que Matasiete no había sido una batalla sino un combate, incrementó mi furia juvenil e hizo posible mi expulsión del salón de clases porque le respondí, en tono poco ortodoxo, que la gloria de ese día no tenía nombre, porque la acción de Matasiete había sido la más grande hazaña guerrera de la historia militar y que jamás se volvería a lograr en un campo de batalla tanto heroísmo y tanta entrega.

Sería innecesario relatar aquí para ustedes, conocedores de nuestra historia regional, los antecedentes que condujeron a ese hecho de armas, los múltiples actos de heroísmo y estrategia militar en ambos bandos, las nefastas consecuencias para las fuerzas realistas comandadas por el primer conde de Cartagena y marqués de La Puerta, y los intentos de éste por disfrazar ante sus superiores la humillación recibida por las tropas del rey; pero como eterno aficionado a la ciencia de Herodoto, es bueno puntualizar lo siguiente: hasta esa fecha Margarita había sido considerada por el enemigo como el bastión más estratégico para su accionar en América, su situación geográfica la convertía en la puerta de entrada al continente, la constante insurgencia de sus pobladores y su nunca lograda total sumisión la hacían un mal ejemplo para las aspiraciones de obediencia y acatamiento que pregonaban los “pacificadores” al estilo de Morillo; el caudillismo de mano fuerte de Arismendi, que preparó la escena para el desembarco de la primera expedición de Los Cayos, hizo posible que el 6 de mayo de 1816, un año antes de Matasiete, se diera el paso definitivo para la libertad de Venezuela y del continente americano, al reconocerse al Libertador Simón Bolívar como autoridad única en lo militar y en lo político en el templo de Santa Ana de El Norte.

Toda esa importancia la conocía la Corona española y es por ello que el envío de ese enorme contingente de tropas y recursos, llamado a pacificar la insurgencia en Las Indias y su sometimiento al poder divino del rey, tenía como punto de partida la toma de Margarita y el escarmiento general con la masacre de sus pobladores; sin embargo, las aspiraciones realistas quedaron frustradas y presas de la mayor humillación por la acción increíble de un pequeño y mal armado ejército, compuesto por heroicos valientes, que desde la mañana hasta la noche del 31 de julio de 1817 predicaron el evangelio de la revolución de los pueblos, entonaron los salmos de la libertad de los hijos de Sión, comulgaron con la fe de la redención popular y se sacrificaron en el Gólgota de los mártires, para que nosotros, sus descendientes, construyéramos una patria nueva, decente y digna, sin perseguidos ni

perseguidores, sin divisiones inútiles e interesadas, sin latrocinios ni corruptelas, sin privilegios para algunos vivos y escarnio y hambre para el resto de la población, sin capos del negociado político ni cultores del vicio y la perversión, sin depredadores de nuestras más puras tradiciones ni importadores de costumbres malsanas, ni atracadores prestos a asaltar de nuevo el erario público para aumentar sus acaudaladas fortunas.

Desgraciadamente no fue así.

En efecto, a la independencia siguió la consolidación de los poderes personalistas, el desconocimiento del sacrificio del genio y su aspiración de unir a todas las naciones americanas.

El asesinato en Berruecos del único fruto digno de continuar la obra del árbol frondoso de Colombia y la exhalación del último suspiro en Santa Marta, abrieron las compuertas a las guerras civiles y a las montoneras. Lo que restó del siglo XIX se convirtió en escenario propicio para que la causa de la libertad de los pueblos se transformara en la del encumbramiento de los poderosos. Hubo incluso dirigentes que habiendo nacido del lado de los pobres murieron godos en el ambiente de los ricos. Una bala aciaga y carmelera hizo que segundones se aprovecharan de un sincero y profundo aletear de la causa de los que nada tienen y continuara el dominio de los señores. Liberales de colorete pretendieron modernizar el país sustituyendo sus raíces más puras por el afrancesamiento y el culto a las urbes.

En los primeros años del Siglo XX se pacifica el país, se aplaca el odio guerrillero y montonero, pero al muy alto precio del despotismo dictatorial que pervive por más de 27 años, en el cual los de abajo se hunden más y los pocos de arriba, aduladores del Jefe, se reparten con éste las grandes riquezas del país.

Tres pequeños períodos sirven de transición a nuestra segunda gran dictadura: el primero lo único que exige es “calma y cordura” para que todo



siga igual; el segundo, de gran esencia democrática y evolutiva, no atiende a tiempo el llamado de un pueblo sediento de elegir por sí mismo a sus gobernantes y es presa del tercer período que se inicia con el expediente de la revolución cívico-militar, (sistema éste que muchos años después uno de ellos trató de soslayar con la frase “muerte a los golpistas”); el sectarismo partidista y las ambiciones militaristas frustran el periodo iniciado por nuestro primer novelista y caemos entonces en la negra noche de la segunda dictadura del siglo por espacio de diez años, y que culmina con el amanecer que siempre nos pareció claro y esplendoroso, el del 23 de enero de 1958.

Confieso que la expectativa de los que formábamos aquella generación de jóvenes estudiantes recién entrados a la Universidad, pero formados en la brava lucha liceísta, no era sólo la caída de la dictadura por la dictadura misma, sino que nuestras esperanzas tenían ambiciones y alcances de mayor magnitud que la sola redención de un pueblo sumido en el silencio y el oprobio; nuestras expectativas se dirigían a sostener un sistema de gobierno, nacido del sacrificio y del esfuerzo de tantos venezolanos, que fuera capaz de cambiar aquella sociedad que se lucraba impunemente con los recursos públicos, que fomentaba la creación de grandes obras suntuarias en desmedro de las grandes calamidades sociales de nuestros barrios marginales, que negaba la educación gratuita universitaria sosteniendo la vigencia de un sistema de estudio elitesco y privilegiado, que mantenía un vergonzoso índice de analfabetismo como estigma porcentual de nuestra incultura, que estimulaba la degradación de los valores éticos fundamentales de los conductores de la sociedad y que, en fin, mantenía al país sin libertad, bajo el manto de una larga noche medieval.

Los jóvenes de esa época creímos firmemente que una etapa extraordinaria se abría ante nosotros, que nuestro futuro estaba signado por el respeto mutuo, el estudio, la ciencia, la tecnología, el trabajo, la honradez, la ética, el pluralismo de ideas, la igualdad ante la Ley, la atención al necesitado, el desarrollo del deporte, el culto a la juventud, el combate al vicio

y al juego, el fin de los privilegios, la preeminencia de la cultura autóctona y el cultivo de lo universal, la exaltación de los valores patrios de nuestros antepasados y la defensa de nuestra soberanía como nación libre dotada por la naturaleza de los más extraordinarios recursos posibles, que dentro de una economía no rentista, sino productiva de bienes y servicios, nos iba a permitir un desarrollo sostenido y sustentable por muchas generaciones venideras.

Hace tres años, cuando el último Presidente de esa era, que había sido electo porque en vez de decir “muerte a los golpistas” se apropió de las credenciales de éstos y pronunció su histórica frase “con hambre no puede haber democracia”, el panorama del país era verdaderamente desolador:

En lo político, en vez de una democracia participativa y popular, teníamos una llamada “democracia formal” y representativa en la cual, los cogollos partidistas decidían quienes nos debían representar en los centros de poder; no alternativa, porque esos mismos cogollos se las ingeniaban para que clanes políticos y grupos económicos, fueran los únicos que accedieran a la toma de decisiones y a la formación de las leyes, hechas éstas a la conveniencia de sus privilegios, repitiéndose por período tras período la presencia de estos señores en las cámaras legislativas nacionales y regionales; centralista, porque todas las decisiones se tomaban desde Caracas sin apego a las particulares características de cada una de las regiones del país, y una vez instaurada la descentralización la utilizaron para crear feudos de sostenimiento político en aquellos estados en los cuales tenían dominio como para mantener sus seguidores con los presupuestos de las Asambleas Legislativas; electoralmente fraudulenta, porque inventaron y fomentaron el fraude en la votación manual y el manejo de las actas para eternizarse en el poder, y cuando se implantó la automatización, fueron los primeros en tratar de corromper el sistema; sindicalera, porque crearon y sostuvieron la figura de los eternos caudillos sindicales politizados que nunca trabajaron, que jamás hicieron huelgas o disturbios cuando sus partidos gobernaban, que firmaron contratos colectivos imposibles de cumplir con el Estado cuando visualizaron la probabilidad de

pasar a la oposición y ese cumplimiento no les iba a tocar a ellos; discriminatoria, porque a pesar de que ellos eran asiduos cultores de la política barata, condenaron al ostracismo político a los militares, los convirtieron en ciudadanos de segunda, no solamente obedientes a sus superiores sino a los políticos que desde arriba les negaron el derecho a participar en el devenir del país; antiética, porque hicieron de la corrupción una escuela y no solamente se conformaron con expoliar los recursos públicos, sino que, amparados en el hambre del pueblo, lo educaron para que exigiera su exigua parte del botín y se convirtiera en vividor del Estado.

En lo económico, la mayor parte de la fabulosa fortuna del ingreso petrolero fue prácticamente dilapidada. El endeudamiento del Estado se extendía hasta límites insospechados, cubierto y alentado por los acreedores, a sabiendas de que nuestro subsuelo era garantía suficiente para sostener la deuda; deuda que cobraron varias veces solamente con el servicio de ella.

En lo social, el 80% de la población estaba viviendo en pobreza crítica; la educación: un completo caos, con instalaciones sin mantenimiento alguno que les caían en pedazos a los pocos alumnos; un desastre en la salud con hospitales sin los insumos más elementales, el Seguro Social en quiebra, sin prestar a los trabajadores la contraprestación por su cotización; el desempleo con cifras alarmantes; las universidades sin recursos para la investigación ni para atender sus más elementales necesidades.

En lo ético, un país sumido en la más espantosa corrupción, desde las más altas magistraturas del Estado hasta los más modestos funcionarios. Ya unos meses antes, el penúltimo presidente había sido enjuiciado y sacado del poder hasta con el voto de algunos de sus propios partidarios, como un expreso reconocimiento al fracaso de eso que llamaron “democracia”.

Los sagrados huesos enterrados bajo esas rocas, la bendita sangre vertida en estas laderas, que tienen como epitafio el honor sin límites y como

corona la que desde nuestro himno regional circunda a Matasiete, nos están diciendo a gritos: ¿FUE ACASO VANO NUESTRO SACRIFICIO? ¿FUE PARA ESO QUE HICIMOS TEMBLAR LA HISTORIA CON LA HAZAÑA GUERRERA MÁS GRANDE DE TODOS LOS TIEMPOS?

Hoy, se adelanta en el país un proceso de cambio que indudablemente es atípico por lo novedoso y original, sus mismas raíces son realmente extrañas y diferentes a todo lo anteriormente ocurrido, sus principales dirigentes, que en su mayoría provienen de la Fuerza Armada, aparecen en la palestra pública a través del expediente de fuerza del golpe militar que es derrotado, pero que luego es ratificado mediante el poder del voto democrático con abrumadora ventaja sobre sus más cercanos oponentes, con un apoyo popular jamás antes logrado por líder alguno en Venezuela. A tres años de esos acontecimientos, la mayoría de ese tiempo se ha ido en reformas del sistema constitucional del país con la inclusión de la participación ciudadana dentro de los poderes del Estado; lo cual, llevado a la práctica, es un punto absolutamente positivo si queremos realmente una democracia participativa y no meramente representativa.

Otro gran logro ha sido la incorporación de más de un millón de niños a la educación escolar, complementada con almuerzos diarios para cada uno de ellos y mayor estímulo para su estudio.

Al respecto, oí decir al profesor Atilio Borón, sociólogo argentino participante en un Congreso de Sociología recientemente realizado en Porlamar, entrevistado por una televisora local, que ni siquiera Perón pudo realizar algo semejante en sus mejores años de populismo; el mismo catedrático expresó que en sus frecuentes viajes a los países del norte de Europa, entre ellos Noruega e Inglaterra, sus colegas le decían que estaban agradecidos a Venezuela por tener, por primera vez, una política acertada de precios petroleros a través de la OPEP, lo cual había ayudado a mejorar sus propias economías.

No podemos negar que en lo interno las expectativas eran mucho mayores, sobre todo porque éste es un pueblo urgido de soluciones rápidas y yo diría hasta milagrosas, en razón del prolongado abandono del que ha sido objeto a través de tantos años de desastre; por otra parte, es necesario acotar que esta revolución, como el Presidente la llama, se está desarrollando con los mismos sistemas administrativos y legales imperantes en el país desde hace muchos años, se está desarrollando sin violencia y hasta en muchos casos con los mismos actores de la debacle anterior, que asombrosamente siguen disfrutando de algunos privilegios.

Al lado de eso, una inclemente campaña publicitaria que adelantan la mayoría de los medios de comunicación de masas y que no le reconoce al gobierno un solo logro, sino todas las torpezas y desafueros imaginables, porque han sido tocados por las políticas de recaudación tributaria del Estado; hasta sirvieron de tribuna a algunos políticos capaces de tomar las banderas de otras naciones para denigrar de los gobernantes venezolanos y del país mismo, amparados en los errores o corruptelas cometidos por funcionarios y ex funcionarios policiales; por otra parte, naciones poderosas acostumbradas a decirnos lo que debemos hacer, no ven con buenos ojos que la soberanía se ejerza en toda su plenitud y que nos acerquemos como país soberano a los otros pueblos del mundo.

A todo esto, se agrega el hecho de que el actual Presidente no proviene de los grupos de poder de otrora, de los grandes consorcios económicos ni de las más linajudas familias del mantuanismo venezolano, sino que su extracción popular pareciera hacerlo antipático ante esos factores; además de ello, ha tenido que responder a la colosal campaña de descrédito mediática a través del encadenamiento frecuente de la radio y televisión nacionales, causando necesariamente el natural desajuste en la percepción del personaje y los fines que persigue, más aún cuando el lenguaje que emplea es de extremada raigambre popular, lo cual difiere sustancialmente de los



engolados y repetitivos discursos a los cuales estaban acostumbrados los venezolanos dentro de un ambiente frío y protocolar.

El desbordamiento hamponil, a esta hora preocupante y extralimitado, se ha utilizado concienzudamente como culpa del gobierno que no lo reprime como debiera, pero no debemos olvidar que los hampones de hoy fueron nacidos y criados en los caldos de cultivo que la mal llamada “democracia” les fabricó en los últimos cuarenta años de historia patria; que son producto de la marginalidad y la miseria que circundan las poblaciones y ciudades, y que se graduaron de delincuentes en las fantasmales cárceles del sistema penitenciario venezolano. Para colmo, se le pretende achacar al gobierno el mal implementado Código Procesal Penal y su concepción de la flagrancia, a pesar de que el mismo es anterior al actual proceso de cambio.

Siguiendo al Eclesiastés, tenemos por costumbre dar tiempo a quien mucho lo requiere, y en razón de ello debemos ser razonablemente optimistas, porque no podemos desconocer que todo hombre romántico en las ideas y apasionado por lo que hace, tiene necesariamente que cumplir la tarea que él mismo se encomiende. Por ello, asambleas como ésta que hoy aquí nos reúne, no deben tener sólo el epígrafe protocolar de la conmemoración de las gloriosas muertes ni la celebración de la espectacular victoria. Deben servir, y sobre todo la batalla de Matasiete, para darnos cuenta no solamente de lo que otros pudieron hacer y no hicieron, sino de lo que nosotros somos capaces de hacer. Para ello se requiere una profunda voluntad de servicio, una unidad real y efectiva de las fuerzas que aspiramos a construir una nueva Venezuela, aún desde afuera de los partidos debemos luchar aquellos a quienes la política vieja nos hizo perder la fe en los políticos y en sus organizaciones.

El 31 de julio de 1817 ese mismo pueblo, escaso, disminuido, hambriento, sitiado, mal armado y desesperado, se propuso defender sus derechos de libertad y justicia, porque si algo tiene la Historia es que es eminentemente cíclica, que los hechos históricos se repiten a pesar de la

renovación de las generaciones; es por ello que puedo afirmar que, este pueblo no volverá a ser pasto tierno de bueyes viejos, el ejemplo lo tenemos a la vuelta de la esquina, en la tragedia de una República hermana, porque la misma Historia nos ha señalado varias veces que un pueblo engañado y hostigado se enardece cataclásticamente por la violencia, y con eso, señores, **NO SE JUEGA.**

Que el Dios de las naciones preserve esta tierra de gracia para la paz constructiva y para el trabajo, que le dé el eterno descanso a todos aquellos que en Matasiete sirvieron de escudo a la opresión de los pueblos, y que la Virgen de los mares, vallera y milagrosa, siga alimentando las esperanzas de un pueblo noble que más nunca se dejará oprimir por los mercaderes del engaño: ***Que así sea.***



**TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.**

**Transcripción, corrección, diseño y diagramación:**

**Licdo. Frank Omar Tabasca**

frank\_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Septiembre de 2023